

CAPITULO II.

ORÍGEN DE NAPOLEON; SU FAMILIA; SU NACIMIENTO;
SUS PRIMEROS AÑOS.

(De 1769 á 1792.)

Los abuelos de Buonaparte ó Bonaparte , inscritos en el libro de oro en Boloña , contados entre los patricios en Florencia , hicieron un papel importante , sobre todo en Treviso. Durante las guerras civiles de Italia , siguieron el partido de los Gibelinos ; echados de Florencia por los Guelfos , se refugiaron á Córcega á principios del siglo XV^o , y fijaron su residencia en Ajaza. En varias épocas contrajeron alianzas con las casas de Colona , de Bozi , de Durazzo de Génova , y con las primeras familias de la isla de Córcega ; adquirieron propiedades y obtuvieron el mayor influjo en la Pieva de Talava , sobre todo en la villa de Bocañano.

Carlos Bonaparte , padre de Napoleon , hizo sus estudios en Roma y Pisa. Era hombre de un semblante agradable , de una elocuencia

viva y natural , y de una inteligencia notable. Lleno de patriotismo y de celo , se le vió á la cabeza de su Pieva , pelear con valor en la guerra que contribuyó á encender contra los Genoveses opresores de su pais : así es que ocupaba un lugar distinguido en la estimacion de sus compatriotas y en la amistad de Paoli. En el discurso de esta guerra , Letizia Ramolini su muger , una de las mugeres mas hermosas de su tiempo , y dotada de una alma fuerte , le siguió muchas veces á caballo y tomó parte en los peligros de sus expediciones. Estaba embarazada cuando se dió la batalla de Ponte Novo , ganada por los Franceses en el mes de junio de 1769. Se hallaba entonces en Corté , donde residia el gobierno de Paoli , en casa de la familia de Arrighi , pariente de Carlos Bonaparte. Despues de este acontecimiento , que decidió la suerte del pueblo Corso , tuvo que refugiarse á las montañas de la Ronda , desde donde volvió á Ajaza. De manera que , desde las entrañas de su madre , el hombre destinado á ser el primer capitan de su siglo , fue lanzado en medio de las agitaciones de la guerra , como si la naturaleza hubiese querido dedicarle al oficio de las armas. Entretanto Letizia Ra-

molini estaba en vísperas de parir. A pesar de esta circunstancia, y tomando solamente consejos de su valor, quiso asistir á la fiesta de la Asuncion; pero apenas tuvo tiempo de volver á su casa para depositar sobre una alfombra un hijo á quien llamó Napoleon, nombre que llevaba siempre el segundo de la familia, en conmemoracion de un Napoleon Ursino, célebre en Italia. Napoleon nació el 15 de agosto de 1769, dos meses despues de la batalla de Ponte Novo.

Los primeros años de Napoleon no fueron señalados con estos prodigios de que la imaginacion de los hombres se complace en rodear la cuna de los héroes. Él mismo ha dicho: « Yo no era sino un niño obstinado y curioso. » Es preciso añadir á estas dos calidades características, mucha viveza de espíritu, una sensibilidad prematura, una actividad desmedida, y un humor querrelloso que affigia tanto á la madre de Beltran Duguesclin en su juventud. Entonces como despues, sea que Napoleon fuese acometido, ó sea que acometiese, se abalanzaba á sus enemigos sin jamás contarlos; ningun obstáculo podia detenerle. Nadie le imponia excepto su madre, muger

de un espíritu varonil, que sabia hacerse amar, temer y respetar. Napoleon, por indómito que pareciese ser, tomó de su madre lecciones de obediencia, lo que fue una de las causas principales de sus progresos en las escuelas: es probable tambien que los ejemplos maternales le dieron el amor al orden y á la economía que le han valido tanto en sus inmensas empresas. Bajo estos dos aspectos, su tío, el arcedianio Luciano, que era un sabio ilustrado, le dió mas tarde lecciones preciosas, administrando con prudencia y acierto los bienes de la familia, á quien sirvió de segundo padre. El buen arcedianio habia notado, con tanta curiosidad como satisfaccion, la inteligencia rara, la costumbre de reflexion, la constancia de voluntad, y la independencia de carácter que se iban desenvolviendo diariamente en su sobrino, y parece que adivinó el porvenir de Napoleon, como lo indican sus últimas palabras en medio de los jóvenes Bonaparte, que rodeaban su lecho de muerte: « Es inútil pensar en la fortuna de Napoleon, él la hará..... José, tu eres el mayor de la familia, pero Napoleon es su gefe; procura no olvidarlo. » Los acontecimientos han justifi-

cado la prediccion , y la órden del moribundo ha sido fielmente cumplida.

En 1779, Carlos Bonaparte , enviado á Versalles como diputado de la nobleza de los Estados de Córcega, trajo consigo á su hijo Napoleon, que tenia entonces diez años, y á su hija Elisa. La política de la Francia atraia á las escuelas reales los hijos de las familias nobles de la nueva conquista. Elisa entró en San Cyr y Napoleon en Brienne.

Bonaparte entró gustoso en la escuela militar. Devorado del deseo de aprender , y movido ya de la ansia de adelantar , su aplicacion fuerte y continua admiraron á sus maestros. Era, por decirlo así, el solitario de la escuela , ó cuando se acercaba á los demas alumnos, sus relaciones eran de una naturaleza particular. Sus iguales tenian que plegarse á su carácter, cuya superioridad, algunas veces triste, ejercia sobre ellos un imperio absoluto. El mismo, cuando los dominaba ó cuando se separaba de ellos, parecia vivir bajo el influjo de una excepcion moral que le hubiera negado el don de la amistad, si algunas preferencias que no olvidó en su mas alta fortuna no hubiesen honrado su juventud.

En la disciplina comun de la escuela, parecia obedecer aisladamente, y con una inclinacion reflexiva á respetar la regla y á llenar sus deberes. Abstraído, pensativo, silencioso, huyendo casi siempre de las diversiones y de las distracciones, hacia pensar que trabaja en domar un carácter fogoso y una susceptibilidad de alma igual á la penetracion de su espíritu; su vida austera podia dar la idea de un neófito ardiente, que se ensaya á las austeridades de una religion; pero las quimeras frecuentes y muchas veces provocadas por él, hacian estallar la violencia de su humor, mientras otros hechos manifestaban sus inclinaciones militares. Cuando se asociaba á los ejercicios de sus compañeros, los juegos que les proponia, imitados de la antigüedad, eran acciones en las que se peleaba con furor, bajo sus órdenes. Apasionado al estudio de las ciencias, solo soñaba en los medios de aplicar las teorías del arte de la fortificacion. Durante un invierno no se vieron en el patio sino trincheras, fuertes, bastiones y reductos de nieve. Todos los alumnos concurrieron con ardor á levantarlos, y Bonaparte dirigia las obras. Luego que fueron concluidas, el ingeniero se

hizo general, dispuso el ataque y la defensa, arreglando los movimientos de los dos partidos, colocándose alternativamente á la cabeza de los sitiados y de los sitiadores, y excitando la admiracion de toda la escuela y de los espectadores extrangeros, por la fecundidad de sus recursos, y por una aptitud igual en mandar y en ejecutar.

En estos momentos brillantes, Bonaparte era el héroe de la escuela para los alumnos y para los maestros. Con todo, se cuenta que por una leve falta de subordinacion un maestro de cuartel, poco discreto, le impuso por castigo vestir un sayal y comer de rodillas á la puerta del refectorio; pero al momento mismo en que iba á cumplirlo, le acometió un ataque de nervios tan violento, que el superior vino en persona á perdonarle una humillacion tan opuesta al carácter del alumno, y tan severa por una pequeña falta. Entonces Pichegru era repetidor de Bonaparte bajo el padre Patrau, que defendia en su discípulo de predileccion al primero de sus matemáticos; de manera que, bajo el hábito de un fraile se ocultaba el conquistador de la Holanda, y bajo el uniforme de un colegial se encubria el dominador de la

Francia y de la Europa. La revolucion, que debia hacerlos salir uno y otro de la carrera regular de los hombres, se preparaba sin que lo sospechasen, y la República, por cuya causa iba á inflamarse su juventud, despues de deber á sus armas sus mas bellos triunfos, vendida por el maestro, debia perecer á manos del discípulo. Con todo, Pichegru no merece el honor de la comparacion con un hombre y una fama que no tienen iguales.

Entre tanto el prurito de leer llegó en Bonaparte á tomar un carácter de furor; está sabido que siempre tuvo aficion á la lectura; pero las bellas artes no tenian atractivo para su espíritu severo. La única parte de la literatura que quiso cultivar fue la historia; la devoraba, y ordenaba metódicamente en su memoria, segura y fiel, todos los acontecimientos importantes de la existencia de las naciones, y de la vida de los grandes hombres que las han conquistado y gobernado. El Plutarco, á quien ya no podia dejar de la mano, Plutarco, cuyas antiguas admiraciones han influido acaso de un modo peligroso sobre una alma de un temple prodigioso, desenvolvía cada dia los gérmenes de entusiasmo, de he-

roismo, de amor de la gloria y de la ambicion que la naturaleza depositó en su seno. Cuando llegó á la cumbre de su fortuna, descansó de la fatiga de la historia con la fábula, y abandonó á Plutarco por Osian; pero solo fue una distraccion de su espíritu. Volvió luego y para siempre á la carrera de los grandes hombres.

Bonaparte estuvo en Brienne hasta la edad de catorce años. En 1783, el caballero de Keralio, inspector de las doce escuelas militares, que habia concebido una aficion particular para este alumno, le concedió una dispensa de años y un favor de exámen para ser admitido en la escuela de Paris. Napoleon se habia distinguido particularmente en las matemáticas y en la historia, y los frailes de Brienne querian que se quedase todavía un año para perfeccionarse en la lengua latina: «*No*, dijo M. de Keralio, *veo en este jóven una centella que es preciso cultivar*. En un manuscrito que ha pertenecido al mariscal de Segur, entonces ministro de la guerra, se lee la nota siguiente: *Escuela de los alumnos de Brienne. Estado de los alumnos del rey, susceptibles por su edad de entrar en el servicio ó de pasar á la escuela de Paris, á saber: M. de Bonaparte (Napo-*

leon), nació en 15 de agosto de 1769; cuatro pies, diez pulgadas y diez líneas de talla; ha estudiado en medianos; tiene buena constitucion, salud excelente, carácter obediente, atento y agradecido; conducta muy regular; se ha distinguido siempre por su aplicacion á las matemáticas; sabe bastante bien la historia y la geografía; poco adelantado en los ejercicios de gracia y en el latin; será probablemente un excelente marino; merece pasar á la escuela de Paris..... Esta nota de M. de Keralio fue adoptada por M. de Regnault que le sucedió, y decidió la admision de Bonaparte en la escuela militar de Paris.

Allí Bonaparte tuvo luego la misma superioridad original que le hizo distinguir en Brienne, y fue el primer matemático. Su profesor de historia M. de l'Eguille, en el informe que dió sobre sus discípulos, señaló al jóven Napoleon del modo siguiente: *Curso de nacion y de carácter; irá lejos si las circunstancias le favorecen*. Este profesor habia visto mas lejos que los otros; pero se habia equivocado en cuanto al carácter, pues ningun hombre fue menos vengativo que Napoleon, y tuvo tantos motivos de serlo. Domairon, que le enseñaba

la literatura, llamaba enérgicamente sus composiciones, un granito calentado al fuego de un volcan. Bonaparte perdió gradualmente la elocuencia verbosa y enfática de la escuela, y adoptó la elocuencia concisa y llena de imágenes que es la de los conquistadores y de los grandes hombres; sin embargo, siempre tuvo algo de oriental en su modo de escribir. Siendo primer cónsul, recibia amenudo á M. de l'Éguille en Malmaison, y le dijo un dia: «De todas vuestras lecciones, la que me ha dejado las mas fuertes impresiones, ha sido la rebelion del condestable de Borbon; pero no tuvisteis razon en decirme que su mayor delito fue el hacer la guerra á su rey. Su crimen verdadero fue venir á atacar á la Francia con los extrangeros.» La carrera militar de Bonaparte empieza á los diez y seis años, edad en que el feliz éxito de su exámen en la escuela militar de Paris, le valió, el 1º de septiembre de 1785, una tenencia en segundo en el regimiento de La Fère, de donde salió muy pronto para pasar de primer teniente en otro regimiento que estaba de guarnicion en Valencia. Allí, sus primeros amigos fueron Lariboisiere y Sorbier, á quienes nombró despues

inspectores generales de su arma. Una muger que dominaba la sociedad de aquella ciudad por el ascendiente de su mérito, Madama del Colombier, chocada de repente de lo que observó de extraordinario en Bonaparte, le presentó en las mejores tertulias y contribuyó mucho á la feliz mudanza de carácter que se notó en él. Hecho amable y festivo, el oficial de artillería logró sin trabajo agradar, y ademas se vió buscado por las brillantes facultades que su conversacion descubria. Madama del Colombier adivinó el genio de Bonaparte, y muchas veces le pronosticó un gran porvenir.

En un viage que hizo á Paris dos años despues, fue acogido con un afecto particular por el famoso abate Raynal, á quien habia dirigido el principio de una historia de Córcega que se proponia escribir. El filósofo animó al jóven historiador á que continuase en este trabajo, primer ensayo de su pluma, y que, habiendo, sin duda, quedado imperfecto, nunca ha podido ser hallado. En 1786, este mismo abate Raynal pidió á la academia de Leon propusiese á la emulacion de los escritores la siguiente cuestion: ¿Cuáles son los principios y las instituciones que deben inculcarse á los

hombres para proporcionarles la mayor felicidad posible? Napoleón concurrió bajo el velo del anónimo y ganó el premio. Su discurso descubierto en los archivos de la Academia por las diligencias de M. de Talleyrand, ministro de relaciones exteriores bajo el Consulado, fue presentado por este ministro á Napoleón que lo echó al fuego. Es probable que, al momento de hacerse Emperador, Napoleón no conservaba sobre las instituciones que pueden cimentar la felicidad de los hombres, las ideas que concibió á la edad de diez y ocho años, siendo un mero teniente de artillería. Pero su hermano Luis habia tenido tiempo de sacar una copia de esta memoria recientemente publicada por el general Gourgaud. El estilo es original y algunas veces brillante. El autor pasa con una facilidad singular, de la discusion austera del moralista á los mas tiernos sentimientos del alma para con sus semejantes. Esta obrilla es un monumento precioso de su juventud, y podia acaso hacer pronosticar para su autor otra carrera que la de las armas. Sin embargo, casi en la misma época en que Napoleón trataba bajo este punto de vista una cuestion tan interesante para la humanidad, contestó á una se-

ñora que reprehendia en la conducta de Turrena el incendio del Palatinado: « ¡Y! ¿qué » importa, señora, si este incendio era necesario para sus designios? » Con todo, no fue él que, veinte y siete años despues, quemó á Moscou.

Napoleón tenia veinte años, y residia en Valencia, cuando se oyó el grito de la libertad, en 1789. El Delfinado dió un grande ejemplo en esta causa tan nueva; el primer árbol de la libertad se plantó en Vizille. Poco despues, el fatal proyecto de abandonar su puesto y su patria se apoderó de un gran número de oficiales franceses: este furor cundió en la guarnicion de Grenoble. Bonaparte presente juzgó la emigracion, y dió la preferencia á la revolucion. Los oficiales de las armas científicas y meditativas, los ingenieros y artilleros, no imitaron, como las demas, esta desercion que fue tambien una calentura revolucionaria. En general admitieron los nuevos principios, y contribuyeron poderosamente con la reunion de sus fuerzas morales y físicas, á conquistar y á consolidar la libertad y la gloria de la patria. Bonaparte adoptó la nueva religion política, que desplegó su alma ardiente, concentrada

hasta entonces en sí misma. Esta época de fermentacion reveló grandes secretos á los espíritus, y dió á conocer unos talentos ignorados que se manifestaron á la vez en todas las clases de la nacion francesa.

En 1790, Bonaparte estaba de guarnicion en Auxone. Llevado del movimiento general dió entonces un testimonio público de sus opiniones, publicando una carta dirigida á M. de Buttafuoco, mariscal de campo, diputado de la nobleza corsa en la Asamblea constituyente. Esta carta, donde reina con el sentimiento y la expresion de la ironía la mas amarga, la declaracion la mas enérgica contra las traiciones que Bonaparte echa en cara á este diputado, hace conocer maravillosamente la impresion producida por la revolucion sobre sus ideas, y recuerda con una rapidez y una elocuencia notables, los acontecimientos cuyo resultado fue la sujecion de su patria á la Francia. Bonaparte hizo sacar cien ejemplares y los envió á Córcega. Poco despues, el presidente de la sociedad patriótica de Ajaza escribió al autor, que la sociedad habia votado la reimpresion, y decretado que el nombre de infame seria dado á M. de Buttafuoco.

Tales eran las opiniones de Bonaparte á la edad de veinte y un años; las va á poner en accion en su propio pais. La pubertad republicana fermenta en su seno; va á vestir las ropas viriles.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.